

hijos de los reyes y señores, que se llamaua *Tlillancalmecac*, que quiere decir, el dormitorio ó aposentos del templo de *tlillan*, que quiere decir, negregura ó oscuridad, y entrando allí lo sacaron á una larga sala que allí auia, y el primero que le llegó á besar la mano fué el rey de Tezcucó, el qual le hizo una solene plática, diciendo:

Hijo mio: oy en este dia te dan estos señores y principales de todo tu reino una arquita cerrada en las manos para que la abras, y lo que hallarás en ella es una sáuana en que envueluas la carga que te es dada y te la echas á quèstas y la sepas llevar y traer de acá para acullá, y no te canses ni descuides y la dexes caer al mejor tiempo: este dado <sup>1</sup> una llaue para que sepas y deprendas á abrir y á cerrar: tomas el mesmo cargo que tiene el dios *Vitzilopochtli* de prouer y sustentar esta machina mundial en lo que toca al sustento de la comida y bebida, pues están <sup>2</sup> puestos los ojos en tí las quatro partes del mundo: dante una espada y una rodela para que pongas la vida por tu república, dándote cargo este dia de los montes, de los collados, de los llanos, de las cuevas, de las quebradas, de los rios y mares, de las fuentes y manantiales, de las peñas y árboles, todo finalmente se te encomienda oy y todo lo as de mirar y prouer que no se desaga ni aniquile; y aunque tú con tu mano no lo ayas de hacer, al menos **LO DISPONDRÁS** con tu mano <sup>3</sup> y advertencia. Hasta agora tu cuidado era barrer y regar delante los dioses y luego jugar y recrearte como niño; pero agora, de todo lo criado debaxo del cielo, as de tener quenta y cuidado, para lo qual tienes á tu lado al poderoso señor *Tlacaélel*: sigue sus pisadas y mira cómo lo rige, para que no yerres, y á él se le da el cargo de tu gouierno para que no des en tierra con esta carga que aquí te dan; y con esto, hijo mio, doy fin á mis raçones.

El rey de Tacuba llegó luego con la corona en la mano, y haciéndole casi el mesmo raçonamiento, aunque difirió en algunas cosas, trayéndole á la memoria el buen gouierno de sus antepasados y otras muchas raçones por donde se deuia animar y dexar el brío pueril y cobralle varonil, le puso la corona en la caueça y le

<sup>1</sup> Se te ha dado

<sup>2</sup> ó tienen

<sup>3</sup> Tal vez — "mando"

oradó las narices y le puso los braçetes y orejeras y nariceras y beçotes, y le puso un rico plumaje en el braço, engastado en una piedra verde muy rica, y le vistió las mantas reales y le calçó unas calcetas de oro y unos çapatos muy ricos, y le ciñó un ceñidor muy galano y ancho. Acauado de vestille y coronalle y de dalle todas las ynsinias reales, lo tomaron los grandes en los hombros y lo llevaron delante la imágen de *Vitzilopochtli*, donde hizo su estacion y sacrificio, y en las otras quatro partes que del pasado rey diximos, y luego le llevaron al palacio real, y sentándole en el trono real, llegaron sucesivamente todos los señores á le besar la mano y dar la obediencia y tras ellos todo el pueblo, ofreciendo sus dones y presentes. Luego llegaron los viejos y ancianos, maestros de los dormitorios y colegios, donde el rey se auia criado y le auian enseñado las buenas y loables costumbres que allí enseñauan, le llegaron á besar las manos y le hicieron una larga y retórica plática, dando gracias al Señor de lo criado que un niño, aquellos auian criado y dotrinado, le viesen Rey y Señor de un reino tan poderoso, y esforçándole y animándole para que no desfalleciese con la nueva carga. El rey se lo agradeció y hizo gran comedimiento como á padres suyos: luego llegaron todos los sacerdotes de los templos, los oficiales del con todos los moços que en ellos se criaban, á le hacer el acatamiento deuido; los maestros y capitanes, los quales le hacian sus pláticas, y él con mucho sosiego y reposo estuvo escuchando á todos con una grauedad y mesura, no de niño como era, sino de viejo muy anciano; y despues de que todos, por el órden dicho, con sus presentes y pláticas le auian dado el parabien de su election, con una magestad estraña respondió á todos en general, diciendo: poderosos Reyes y yllustres y exelentes señores, padres y deudos míos: yo os agradezco mucho el auiso y consuelo que me auis dado; bien conozco que no soy nada ni valgo nada para la dinidad en que me an puesto: lo que os pido es que todos, como padres, me ayudeis para que yo con mi poca edad no afrente á mi patria y señorío y á mis tios y parientes, que presentes están, y destruya lo que mis agüelos, padres y hermanos an edificado y adquirido: ¿dónde merecí yo tanto bien, ni qué méritos fueron los míos tan grandes para que me sentase yo en este lugar, pues ayer esta-

ua á los pechos de mi madre y jugando con la tierra y lodo con los demas niños? Los presentes empeçaron á llorar, y el rey concluyó su plática; y así despidiéndose del todos los señores forasteros, se fueron á sus lugares, quedando la ciudad con mucho contento y alegría por su nuevo rey.

Idos los reyes y grandes, *Tlacaclael* mandó llamar á los señores y díxoles, que mirasen como se auia de ordenar la fiesta de la coronacion de su rey, para que supiesen todas las naciones cómo *Auitzotl* era rey y señor de México, y que de dónde auian de traer gente para el sacrificio. Ellos le respondieron que quién mejor lo podria saber y entender que él; y así acordó de que se diese guerra á la prouincia de Chiapa, que eran siete pueblos muy poderosos y grandes, todos de gente serrana, conviene á saber, Chiapa, Xilotepec, Xiquipilco, Xocotitlan, Cuauhuacan y Cilan, Maçauacan, la qual prouincia estaua algo rebelde y alçada, y obedecia y seruia á los mexicanos de muy mala gana, y mas por fuerza que de grado, de lo qual los mexicanos estauan muy sentidos y yndianos<sup>1</sup> contra ellos; y para castigallos y sugetallos, *Tlacaclael* mandó se les diese guerra, y que con los que desta prouincia se truxesen presos podrian solenizar la fiesta al nuevo rey; lo qual determinado dieron auiso desta determinacion á los Reyes y á los señores de toda la comarca y prouincia, para que luego apercibiesen sus gentes, las quales fueron apercibidas y salieron de sus tierras para ir á un lugar que se dice Çilucan, donde se juntaron los mexicanos, tezcucanos, tepanecas, tlaluicas, xuchimilcas, chalcas y las quatro caueceras de Culucan, Mexicatzinco, Ixtlapalapan y Vitzilopochco y los mizquitecas y los coatlalpanecas y toda la serranía de Malinalco, Ocuila y los de Tlayacapan y Totolapan, los matlatzincas, tzinacatepecas y Calimaya, Tepemaxalco y tlacotepecas; finalmente, juntóse en aquel lugar, contra estas siete ciudades, un gran ejército, y asentando su Real como ordinariamente hacian, cada nacion por sí. Por no perder tiempo el rey *Auitzotl*, que á esta guerra le auian llenado sus grandes señores, no se auiendo allado en otra, le vistieron y pusieron sus armas y ynsinias reales y le sacaron en público, el qual por un intérprete mandó al presente hacer una plática

<sup>1</sup> Probablemente "indignados."

exortatoria á todo el ejército, á la qual estuvieron todos muy atentos, y acauada, con mucho ánimo muy en orden salieron al campo y empeçaron á combatir á Xiquipilco, al qual á poco rato le entraron y destruyeron y robaron, y luego tras él á Xocotitlan, al qual por lo consiguiente desuarataron y destruyeron, y luego á Cuauhuacan y luego á Cillan y luego á Maçauacan, las quales destruidas y muerta mucha gente y otra auentada y presa, salieron los señores dellas á pedilles misericordia, con grandes presentes y promesas de seruir y tributar todo lo que se les pidiese, con lo qual los mexicanos pararon de los seguir y matar.

Acabados de vencer estos cinco lugares, mandó el rey *Auitzotl* que ninguno fuese osado, so pena de la vida, de se huir ni ausentar del ejército y que mirasen unos por otros, y el que faltase, por muy principal que fuese, que luego le matasen, hasta que la guerra fuese acauada, porque faltaua de conquistar las dos principales ciudades de aquella prouincia, que era Chiapa y Xilotepec, y así ninguno osó desamparar el campo, por el cuidado que los soldados tenian de mirar unos por otros; y aquella noche empeçó el campo á seguir la vía de Chiapa, y llegados, á aquella mesma ora que llegaron, fueron sentidos de los guardas los que iban á dar de improviso en la ciudad, y siendo auisados los de la ciudad acudieron á la defensa, y entre los unos y los otros se trabó una brava escaramuça; pero los mexicanos que siempre eran mañosos y usauan de mill engaños y ardides de guerra, hicieron de la gente tezcucana y de la tepaneca, xuchimilca y chalca el cuerpo y rostro de la batalla, y ellos, haciéndose afuera con todo secreto, tomaron una senda que los vecinos de aquella prouincia les enseñaron, y entrando en la ciudad hiciéronse fuertes en el templo, apoderándose del, que era siempre la principal defensa de los de la ciudad. Apoderados del, prendieron á los sacerdotes todos y á todos los oficiales del templo, moços y viejos, y maniatándolos, pusieron fuego á los aposentos del.

Sauido por los que peleauan, desampararon el campo y empeçaron á huir: la gente de las prouincias los siguieron prendiendo muchos dellos y matando los que se defendian por no ser presos, y así entraron tras ellos por la ciudad robando lo que allauán: luego vinieron á la obediencia, como los demas, las manos cruçadas y de-

xándolos así con aquel ímpetu, acudieron á combatir á Xilotepec, y fué tan sin órden, que no aguardauan los soldados sus banderas ni compañías, antes el que antes podia llegar ese se daua mas prisa, porque tenian por cierta la vitoria y mucho el prouecho; y así empeçaron á porfia á quererlos desbaratar; pero los xilotepecas, viendo la multitud de gente que sobre ellos venia, que casi eran como langostas que cubrian los campos, vínose á dar sin querer recibir daño, viendo la imposibilidad que de vencer auia; y así entraron libremente los soldados de aquel innumerable ejército y empeçaron á robar las casas y saquear, sin dexar cosa auida de quanto auia. Los otomies, rogando con lágrimas al rey *Auitzotl* mandase cesar el robo y saco, mandó á los capitanes y caualleros mandasen y detuviesen á los soldados. Ellos respondieron que aquellos eran sus percances y pagas y que á aquello venian y no á solo morir, y por aquello ponian sus personas á riesgo; que los dexasen goçar de sus percances de la guerra. Oydo por el rey mandó á los grandes acudiesen á defender los otomies, los quales entrando por las calles del pueblo, unos por una parte y otros por otra, á palos los echaban de las casas, cargados de maiz, frisol, chíá, gallinas, ropa, joyas, plumas, el que mas podia llevar y así los echaron de la ciudad, la qual quedó asolada y muchas casas derribadas, que quando esto escribia se me ofreció el saco de Roma y aquella destruicion que nuestros españoles en ella hicieron.

Ganadas estas siete ciudades luego les ñmpusieron tributos de maiz, frisoles y de todo género de legumbres y semillas quellos comen, madera y otras cosas de que ellos en aquella prouincia se aprovechan, mandándoles truxesen á México gente de seruicio para el edificio de las casas de los señores, y esclauos auidos en guerra para sacrificar quando les fuesen pedidos, los quales se sujetaron á la nueva ñmpusicion y dixeron así lo harian; y luego de presente, de todas las siete ciudades, truxeron grandes presentes al rey *Auitzotl* y á los señores, los quales los recibieron con agimiento de gracias y luego enviaron á sus mensajeros que se supiese en la ciudad de México y diesen cuenta á *Tlaccaelel* de la vitoria que auian tenido; el qual luego que lo supo, mandó tañer bocinas y caracoles y tocar atambores y mostrar regocijo de vitoria acostumbrado y poner

guardas encima de los templos para que, en viendo venir el ejército, se aperciuesen al recibimiento acostumbrado. Y así, partiendo el rey *Auitzotl* acompañado de sus grandes y de todos los señores y reyes de las dos prouincias, vino á la ciudad de México, donde fué recibido él y los presos con el acostumbrado recibimiento de los viejos y sacerdotes, haciéndole pláticas largas, dándole el parabien de su venida y de la buena ventura que auia tenido, llevándole al templo y de allí á su casa, donde sentado en su trono Real, llegó *Tlaccaelel* el viejo, que ya le trayan en hombros por su mucha vejez, y dando á su sobrino la buena venida, le hizo otra larga plática. Lo mismo hizo el rey de Tezcuco y el de Tacuba y todos los señores de las prouincias que con él auian venido, anunciándole su buena dicha y buen suceso de su reynado, que si las uiera de contar aquí según son estas pláticas de largas y curiosas y elegantes, sé que darian gusto y contento, pero fuera ampliar la ystoria y gastar mucho papel y tiempo: podria ser que al cabo de este libro haré un epilogo dellas, de cada una en particular, para el curioso que las quixere ler, y aun en la lengua no harian poco prouecho á los curiosos predicadores que, conforme al frasis destes, la quixesen deprender.

Acauadas las pláticas y saluciones los señores de todas las prouincias pidieron licencia para ir á sus tierras: el rey, con mucho amor y agradecimiento se la dió y ellos se partieron, á los quales auisó y convidó *Tlaccaelel* para el dia de *Cipactli*,<sup>1</sup> que era el primer dia del mes, donde se auia de hacer la solenidad y fiesta de la coronacion; que les suplicaua viniesen á la honrar y que truxesen de lo que en sus prouincias auia, para el regocijo y comida, que era como una contribucion para el gasto, acudiendo todos con gallinas, gallos, venados, conejos, liebres, codornices y todos géneros de caças y carnes de todo género y de pescados, especialmente los de las costas, frutas, chile de todo género, cacao para la bebida, mantas, joyas, plumas, armas, rodelas, leña, carbon, asentaderos, esteras, finalmente de todo lo que para aquel menester era necesario, porque, como vimos en la coronacion del rey pasado, juntáuanse todos los señores y caualleros de la comarca y reyno y venian de muy lejos á esta fiesta y reconocimiento.

<sup>1</sup> Véase la nota de la pág. 321.